

LIBROS

Benjamín Labatut
MANIAC

Juan Sisinio Pérez Garzón
HISTORIA DE LAS IZQUIERDAS
EN ESPAÑA

Antonio Rivera
HISTORIA DE LAS DERECHAS
EN ESPAÑA

Dylan Thomas
LA NAVIDAD PARA
UN NIÑO EN GALES

Lucia Berlin
UNA NUEVA VIDA

Cristina Rivera Garza
ME LLAMO CUERPO QUE NO ESTÁ. POESÍA
COMPLETA

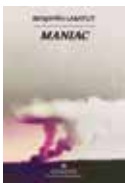
Francisco Cánovas Sánchez
MANUEL CHAVES NOGALES. BARBARIE
Y CIVILIZACIÓN EN EL SIGLO XX

Yolanda Morató
MANUEL CHAVES NOGALES: LOS AÑOS
PERDIDOS (LONDRES,
1940-1944)

NOVELA

Los delirios de la razón

por **Julio José Ordovás**



Benjamín Labatut
MANIAC
Barcelona, Anagrama,
2023, 400 pp.

En la página de agradecimientos de *Un verdor terrible* Benjamín Labatut aclara que aquel libro de relatos era una obra de ficción basada en hechos reales, y en la página de agradecimientos de *MANIAC* insiste en ello, supongo que para despejar de nuevo posibles equívocos pero puede que también lo haga para que pensemos en una cosa: que “la realidad, a diferencia de las sublimes historias de terror que nos regaló Lovecraft, no se adapta a nuestros deseos sino que tiene una extraña voluntad propia”, como escribió Labatut en *La piedra de la locura*.

Podría decirse que *MANIAC* es una historia de terror basada en hechos reales. Novela de ideas pero también novela de personajes, arranca la madrugada del 25 de septiembre de 1933, cuando el físico austriaco Paul Ehrenfest disparó a Vassily, su hijo de catorce años, y después se pegó un tiro en la cabeza, y acaba con la creación de AlphaZero, el programa informático producido por Deep Mind que no solo derrotó a los más grandes jugadores de ajedrez y de go sino que además revolucionó la ciencia. Es decir, *MANIAC* arranca cuando el nazismo alcanzó el poder y comenzó su expansión y concluye con las primeras y frustradas batallas del ser humano contra la inteligencia artificial en un tablero de go.

Vuelve Labatut a explorar los sueños delirantes de la razón, y lo hace novelando la biografía del matemático húngaro-estadounidense John von Neumann, una de las mentes más portentosas del siglo xx, quien, con su dedicación al estudio de la teoría cuántica, a la bomba atómica y a la informática, ejerció una profunda

influencia en la evolución del mundo moderno. Von Neumann es el hilo conductor que le permite a Labatut recorrer algunas de las páginas más negras del siglo pasado, como el nazismo, la creación de la bomba atómica y de la bomba de hidrógeno, y la Guerra Fría, para desembocar en la formación de la inteligencia artificial, esa entidad a la que ya sabemos que no es posible derrotar y que anuncia un porvenir tan lleno de terror como de esperanza.

Labatut utiliza la literatura para desentrañar la ciencia y, más que convertir la ciencia en literatura, consigue que una y otra hablen la misma lengua, cosa que pocos escritores han logrado.

No puede uno evitar pensar en Bolaño cuando lee a Labatut: los dos son chilenos y nómadas; los dos emplean una prosa nerviosa, afilada y mestiza; los dos gastan un humor negro y se deleitan con la poesía más oscura (terroríficamente hermosos son los párrafos en los que Labatut describe los efectos lumínicos de la reacción termonuclear); los dos son

unos maestros de las voces (el parecido estructural entre *MANIAC* y *Los detectives salvajes* es evidente); y, por último, a los dos les atraen las vidas desafortunadas (las vidas desafortunadas de los poetas en el caso de Bolaño y las vidas desafortunadas de los científicos en el caso de Labatut). Hasta Von Neumann y Ulises Lima se parecen en su desmesurada fiebre lectora: si el primero se metía dos libros al baño por temor a que se le acabara el primero antes de haber terminado, el segundo leía hasta debajo de la ducha. Pero tampoco puede uno evitar pensar en Borges y en Bernhard y en Sebald y en Quignard cuando lee a Labatut, que riza continuamente el rizo narrativo, fagocita todos los géneros y funde la realidad y la imaginación, lo verdadero y lo falso.

Calificativos como demente, macabro, diabólico, demoníaco o luciferino abundan en esta novela que indaga en las sombras y hace equilibrios sobre la línea que separa lo maravilloso de lo terrible, la locura de la genialidad y lo racional de lo irracional, porque lo que Labatut persigue es sacudirnos, desplazarlos, llenarnos de dudas, las mismas dudas que tiene él.

Una novela de terror basada en hechos reales como *MANIAC* resulta mucho más aterradora que cualquier novela clásica del género porque Labatut nos hace ver que el fin del mundo, con ideas tan descabelladas como la guerra climática que Von Neumann creía posible llevar a la práctica, puede estar más cerca de lo que pensamos. Así, no puede uno leer sin un escalofrío la última carta que escribió Von Neumann, cuando ya le había devorado casi por completo

el cáncer: “El progreso se volverá tan complejo y veloz que no podremos comprenderlo. Porque el poder tecnológico en sí es un logro ambivalente, y la ciencia es neutra por completo; provee medios de control aplicables a cualquier propósito, pero permanece indiferente ante todos. Lo que crea el peligro no es el potencial destructivo particularmente perverso de un invento en específico. El peligro es intrínseco. Para el progreso no hay cura.” Asusta que alguien como Von Neumann, que creía que los ordenadores y los seres humanos somos distintas clases de autómatas y que tanto contribuyó a acelerar el progreso, escribiera esto, aunque lo hiciera bajo el efecto de la enfermedad.

Pero *MANIAC* no es, pese a todo, una novela angustiada. Labatut explota literariamente las excentricidades y debilidades de los genios de la ciencia mostrándonos a unos hombres tan patéticos como cualquiera de nosotros. Y para consolarnos dice, por boca del economista Oskar Morgenstern: “La vida es mucho más que un juego. Su verdadera riqueza y complejidad no puede ser capturada con ecuaciones. Los seres humanos pueden ser completamente irracionales, pueden verse sacudidos o dominados por sus sentimientos y sufrir todo tipo de contradicciones. Y aunque esto desencadena el caos ingobernable que vemos a nuestro alrededor, también supone una gran misericordia, un extraño ángel que nos protege de los delirios de la razón.” ~

JULIO JOSÉ ORDOVÁS es escritor. En 2023 ha publicado *Castigado sin dibujos* (Xordica).

POLÍTICA

Izquierdas y derechas en la historia moderna española

por **Manuel Arias Maldonado**



Juan Sisinio Pérez Garzón
HISTORIA DE LAS
IZQUIERDAS EN ESPAÑA
Madrid, Catarata, 2022,
512 pp.



Antonio Rivera
HISTORIA DE LAS
DERECHAS EN ESPAÑA
Madrid, Catarata, 2022,
560 pp.

Hay que tener mucho tiempo disponible para leer de cabo a rabo estos dos volúmenes, que juntos suman casi mil páginas de letra apretada. Y a ese grado de exigencia cabe achacar que no hayan tenido hasta el momento, al menos fuera de los círculos especializados, el eco que merecen; como sabe cualquier historiador, no hay mejor manera de comprender la sociedad en la que uno vive que conocer bien su pasado. De ahí que haya que saludar la iniciativa de la editorial Catarata, que ha publicado simultáneamente estas dos enjundiosas historias políticas recurriendo al magisterio de Juan Sisinio Pérez Garzón, catedrático emérito en la Universidad de Castilla-La Mancha, y de Antonio Rivera, quien dirige el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda en la Universidad del País Vasco y es allí hoy catedrático en activo. Estamos ante dos obras de admirable solidez, escritas con el talento narrativo que caracteriza a sus autores e impulsadas por una ambición divulgativa poco frecuente.

Es interesante que ambos hayan pasado por la política: mientras que

LETRAS LIBRES suscríbese



el primero fue consejero de educación en Castilla-La Mancha entre 1987 y 1993 en tiempos de José Bono, el segundo fue diputado del Parlamento Vasco por el Partido Socialista de Euskadi —donde figuraba como independiente— entre 2005 y 2009. No se trata de una cuestión anecdótica, ya que tanto las izquierdas como las derechas nos aparecen aquí relatadas por historiadores que han estado adscritos a la izquierda política. Y aunque el ejercicio de la profesión de historiador requiere neutralidad analítica, obligado como está aquel a respetar escrupulosamente los hechos tal como las fuentes permiten acreditarlos, describir la evolución de las fuerzas políticas de izquierda y derecha en la España moderna —pues no tiene sentido establecer ese antagonismo antes de 1789— implica de manera inevitable realizar juicios de valor; corresponde al lector juzgar en cada caso si tales juicios están bien fundados y son pertinentes.

Dicho esto, hay que saludar con alborozo el planteamiento de estos volúmenes: los dos autores subrayan la heterogeneidad de las izquierdas y derechas españolas, hacen hincapié en la necesidad de concebir la sociedad como un campo de acción definido por un insoslayable pluralismo y resaltan que ambas ideologías —la progresista que busca el cambio social para emancipar a todas las personas y la conservadora que postula la necesidad de armonizar la libertad con el orden y el respeto a las tradiciones heredadas— son igualmente respetables como expresión de maneras dispares de concebir la vida colectiva. De la misma manera, tampoco existen las famosas “dos Españas” sino que cada momento histórico alberga diferentes intereses e ideas en constante cambio. Es algo que nuestro presente demuestra a cada paso: quien eche un vistazo a los periódicos del día se encontrará con que la socialdemocracia española defiende la plurinacionalidad confederal y la

derecha preconiza la igualdad entre los ciudadanos con independencia de la parte del territorio nacional donde residan. Quien se adentre en estas páginas encontrará algunas claves para comprender este reparto de roles, que resultará menos chocante cuando se identifican sus raíces históricas: Sisinio Garzón recuerda que el primer federalismo español careció de exigencias identitarias y se identificó con la posibilidad de una reforma social emancipatoria de origen cantonal, si bien anarquistas y comunistas se encontrarían luego con dificultades para conciliar las demandas de autodeterminación nacionalistas y el internacionalismo que les era propio, mientras que Rivera hace hincapié en el rechazo que nuestras izquierdas experimentan hacia una idea de la nación española que identifican con el conservadurismo reaccionario. Y lo mismo vale para otros aspectos de la vida política española, como las actitudes hacia la Corona (Sisino destaca que el ideario democrático adquiere en España un tamiz republicano durante las décadas centrales del siglo XIX) o las propuestas sobre la organización económica del país (el proteccionismo laboral).

No en vano, hacer una historia de las izquierdas y de las derechas equivale a contar la historia moderna de España desde un ángulo particular. Y al revés: la historia moderna de España no se entiende sin el antagonismo y ocasional cooperación entre las derechas y las izquierdas. Desde luego, podría echarse de menos una referencia más explícita al universo doctrinal del liberalismo, que no se encuentra ni en la izquierda ni en la derecha y, sin embargo, puede permear a las versiones más moderadas de ambas. Los autores justifican la oposición izquierda/derecha como una necesidad derivada de la eficacia dialéctica de la narración, admitiendo que el centro político queda desdibujado por el camino. Y aunque no está claro que el liberalismo ocupe

ese “centro” que mediaría entre la izquierda y la derecha, tanto Garzón como Rivera hacen constantes referencias a las versiones más liberales de las derechas y las izquierdas españolas. Si hay aquí un protagonista transversal y huidizo, es justamente el liberalismo.

De hecho, Sisinio comienza su libro evocando aquel momento —entre 1789 y 1840— durante el que “ser liberal era revolucionario”, lamentando por cierto que la violencia que caracterizó la lucha política entre liberales y absolutistas en aquel periodo dejase como herencia el recurso a la insurrección armada para hacerse con las riendas del Estado por parte de todas las fuerzas políticas; empieza así una larga historia de pronunciamientos cuyo último episodio es el *procés* independentista. También considera como parte de la izquierda a los sectores progresistas del liberalismo que defendieron las libertades entre el último tercio del XIX y el primero del XX, que cuenta entre sus filas con figuras tan prominentes como Pardo Bazán, Pérez Galdós o Concepción Arenal. Eso no le impide reconocer que la posterior influencia del marxismo y del anarquismo acabó generando un imaginario maniqueo que alimentó la idea de que solo la acción revolucionaria podría dar la victoria al pueblo; el mismo pueblo en cuyo nombre —lo mismo sucedería con la idea de república— podía justificarse cualquier cosa, como demostraron los populismos pioneros liderados por Lerroux y Blasco Ibáñez.

Rivera encuentra más dificultades a la hora de dar unidad a su objeto de estudio; distinguir entre lo conservador, lo reaccionario y lo liberal no siempre es posible en la práctica. Definir el conservadurismo como defensa de la continuidad temporal de una comunidad orgánica que asigna a cada sujeto un lugar en el orden universal nos vale para aquellos movimientos que reaccionaron contra la

Revolución francesa, pero casa peor con Margaret Thatcher y Ronald Reagan por mucho que se los adscriba a una “revolución conservadora”; conviene recordar que los liberales, como dijo Hayek, no son conservadores. Y no lo son porque aceptan que una sociedad individualista que se organiza económicamente alrededor del libre mercado producirá un cambio social cuya dirección no puede ser dirigida por el poder público. No obstante, el propio Rivera señala que los conservadores antirrevolucionarios procedentes del reformismo ilustrado —donde ubica a Pablo de Olavide y a Jovellanos— presentan unos matices que los tradicionalistas más reaccionarios jamás hubieran podido exhibir.

Cuando Rivera se aproxima a la España contemporánea, los problemas de tipificación reaparecen. Tal como ha señalado José María Ruiz Soroa en las páginas de *Revista de Libros*, el autor postula que la preocupación conservadora por la nación española ha conducido a una “derechización de la política” durante el último siglo y medio; es una tesis que tiene como premisa el principio según el cual toda forma de nacionalismo o patriotismo es esencialmente reaccionaria. Pero no solo hay en nuestro país un puñado de fuerzas nacionalistas que se dicen de izquierda, sino que la propia existencia de la nación como unidad de redistribución se ha demostrado indispensable en la historia política moderna y resulta compatible —ahí está la Constitución de 1978— con un nacionalismo político integrador de la diversidad territorial del país. Bajo este marco, las distintas versiones del nacionalismo español han corrido distinta suerte: el nacionalismo republicano ha quedado en el olvido y el nacionalismo conservador ha ganado nueva vida con la irrupción de Vox en el escenario político posterior al *procés*. Mientras tanto, los nacionalismos etnocéntricos vasco y catalán continúan desarrollando sus programas

renacionalizadores en el interior de sus comunidades y pese a ello ganan adeptos entre nuestra izquierda.

Sea como fuere, el valor de estas dos obras no reside en su aproximación al último cuarto de siglo español, sino en un riguroso trabajo de síntesis que permitirá al lector interesado formar su propio juicio acerca de la historia moderna del país y comprender mejor su desconcertante actualidad. ~

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. Su libro más reciente es *Abecedario democrático* (Turner, 2021).

CUENTO

Dylan Thomas: presencia y atención

por **Bárbara Mingo Costales**



Dylan Thomas
LA NAVIDAD PARA UN NIÑO EN GALES
Traducción de María José Chuliá García
Ilustraciones de Pep Montserrat
Madrid, Nórdica Libros, 2023, 76 pp.

Qué bonito y especial es este cuento de Dylan Thomas. *La Navidad para un niño en Gales* es un texto muy particular, sorprendente, que se parece mucho a los poemas de su autor. Al leerlo nos emocionamos y nos desconcertamos a la vez. Sí, es un cuento ambientado en Navidad, pero como ya desde el principio se entrega a un juego de quiebros en la narración y superposiciones de recuerdos y proyecciones, no podemos estar seguros de que se trate de una única Navidad de la infancia recordada como arquetípica. Desde luego no es una historia convencional en la exposición de los hechos y hasta los personajes son móviles en lo que respecta a su

función. Es más bien una recomposición de la esencia de la Navidad, o del colmo del invierno, a partir de escenas y personajes rescatados gracias a la memoria o a un órgano visionario, facultades que son tratadas como habilidades cotidianas, irrenunciables. Se dice al principio: “hundo las manos en la nieve y desentierro cualquier cosa que pudiera encontrar”. A ver qué aparece, con la convicción de que sea lo que sea será valioso, tendrá gracia. De esa nieve en la que rebuscamos y que había aparecido como elemento de una comparación (“Las Navidades fluyen como una luna fría e inquietante [...] y se detienen en el borde de las olas de aristas glaciares”) emergen las imágenes como objetos que habían sido sepultados. Todo lo que aparece, todo el tesoro que ocultaba la nieve, o cada nuevo personaje, elemento o situación que viene a asomarse al escenario de este cuento es susceptible de cambiar de función íntima: de detonante dramático puede pasar a ser chocante alegoría, de personaje de acción a público para la historia. Si esta movilidad funciona se debe a la capacidad de Dylan Thomas de intuir la sustancia de los seres y de alterarla mediante las palabras, como si estas fuesen hechizos. Este talento para entrar y salir, con la soltura de quien patina sobre un lago helado, de los distintos órdenes es muy cercano al tema navideño que aquí se trata: una tradición popular defiende que durante la Nochebuena los animales pueden hablar. Ese idioma disponible por unas horas es en el que escribe Dylan Thomas sus poemas y sus cuentos. Su papel de poeta consiste en estar presente (y atento) en los intercambios secretos que se dan entre los reinos de los seres.

Se puede seguir una historia en el libro: más o menos es un chico que vaga por el pueblo mientras en las casas se preparan para la celebración de la noche, y su narración consigue que cada ser en el que fija la vista sea protagonista al menos por un instante,

y hay un incendio y una visita a una casa misteriosa, y juegos con sus amigos, deambulando por ahí. Cuando van caminando por la nieve se preguntan si los demás habitantes del pueblo creerán, por el tamaño de las huellas que dejan, que hay hipopótamos en el pueblo (en Gales), y esa fantasía de los chicos introduce a los hipopótamos en la historia. También aparecen los personajes estrafalarios que animan todas las historias en las que se evoca con tono agrídulce un lugar desaparecido o un tiempo pasado. Todo es muy físico y vistoso para los sentidos, pero a la vez están muy presentes algunas corrientes subterráneas. Todo sucede rápido y deja una sensación de fugacidad y destellos, y la evocación de la Navidad queda como las impresiones que deja en el sistema nervioso un descenso en trineo. Y al acabar la historia, en la última frase que lo restaura todo, volvemos a encontrarnos con la conciencia universal encarnada esta vez en un niño galés que, al final de las modestas aventuras que ha vivido en su pueblo, es capaz de aliarse con los otros habitantes del mundo.

La edición de Nórdica incluye unas vivaces ilustraciones de Pep Montserrat que sugieren el ambiente compacto del pueblo nevado, acogedoras como una bola de cristal llena de nieve. Más que estar incluidas, componen la mitad de la historia, no acompañan solamente, sino que afianzan el tono de la aventura. Además, es una edición bilingüe. El texto en inglés original se reproduce al final del volumen, como si este cuento fuera el poema que en realidad es. La traducción, de María José Chuliá García, es muy atenta. Se ve ya desde el título: la Navidad *para* un niño en Gales es la trasposición de *A child's Christmas in Wales* (cómo vive en Gales la Navidad aquel niño). Este cuento fue escrito por Thomas en 1945 con el título de *Memories of Christmas*, como parte de una serie de lecturas para la BBC. Durante su viaje a los Estados Unidos

en 1952, meses antes de su muerte, de la que se acaban de cumplir setenta años, Thomas conoció a Barbara Holdridge y Marianne Roney, que estaban empezando un negocio de grabaciones de poetas leyendo sus obras: Caedmon Records. Según se recoge en la biografía del poeta de Paul Ferris, para la cara A del disco Thomas grabó algunos de sus poemas, pero para la cara B quiso algo de otro tono, y propuso la historia escrita y nunca grabada para la BBC. El autor no recordaba el título original de su propia historia, pero la renombró como *A child's Christmas in Wales*, el título con el que ahora se publica, y grabó para Caedmon la lectura del cuento, con su característica y emocionante manera de recitar temblorosa, cavernosa y estentórea, una grabación que ha quedado para el National Recording Registry como “el inicio de la industria del audiolibro en los Estados Unidos”. El reverso de la Navidad vista por aquel niño de Gales. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2021 publicó *Vilnis* (Caballo de Troya).

CUENTOS

Un puzle llamado Lucia Berlin

por **Aloma Rodríguez**



Lucia Berlin
UNA NUEVA VIDA
Traducción de Eugenia
Vázquez Nacarino
Madrid, Alfaguara, 2023,
330 pp.

Tras el éxito de ventas de *Manual para mujeres de la limpieza*, Lucia Berlin se convirtió en el último gran descubrimiento de la literatura estadounidense reciente injustamente pasada por alto. No tardó en llegar una segunda entrega de cuentos: *Una noche en el paraíso*. Hubo un

rescate: *Bienvenida a casa*, unas memorias inacabadas y que iban siguiendo el hilo de las casas en la que Lucia Berlin vivió, fotos y una selección de cartas. Ahora llega una nueva entrega que combina ficción, artículos y diarios: *Una nueva vida*, con edición de Jeff Berlin, traducción de Eugenia Vázquez Nacarino y prólogo de Sara Mesa, se cierra con un apéndice biográfico donde se detallan los acontecimientos más importantes de la vida de la escritora. De muchos hay pistas en sus ficciones, verlos impresos negro sobre blanco impresiona.

Una nueva vida reúne los relatos que no habían sido publicados en las anteriores colecciones en español, otros permanecían inéditos —proceden de talleres, de ejercicios de escritura—; eso en cuanto a los cuentos. En ese caso, lo fallido de algunas de las piezas se pasa por alto porque lo que ofrece este volumen es, como dice Sara Mesa, una puerta de acceso directa al taller mental de Lucia Berlin. Es posible hacer agrupaciones temáticas o de naturaleza, los que son una reescritura o tienen una deuda con cuentos de otros escritores (“La doncella”, “Romance”, “Una nueva vida”); dos que surgen de un proyecto en el que trabajó Berlin sobre recopilar testimonios de vida de personas mayores (“Nuestro faro”, “Vida de Elsa”), que podrían formar parte de un conjunto más amplio que agrupara los relatos de inspiración en sus trabajos. En este volumen, bajo ese paraguas destaca “Centralita”, un experimento formal y narrativo que se desarrolla en una central de llamadas de un hospital. Está la relación entre las mujeres que trabajan allí, todo el ajeteo y cómo se mezclan las conversaciones al teléfono con los diálogos entre ellas con la megafonía y las llamadas que pasan. Hay cuentos sobre el cuidado a su hermana durante su enfermedad (“Fuego” y “Del gozo al pozo”) y también está recogido aquí “El foso”, el primer cuento sobre una desintoxicación. Hay otras

piezas curiosas que tienen valor por sí mismas y porque completan el puzzle Lucía Berlin. En todos, también en los que quizá el ciervo no se ha cazado, hay esa mirada chejoviana a los personajes, a los que no se juzga.

“Soy tan caótica que no sé ni cómo pronunciar mi propio nombre. Mi madre me llamaba Luchía, mi padre insistía en que me llamaran Lusha, una constante batalla durante toda mi infancia, que se apaciguó un poco cuando nos fuimos a vivir a Sudamérica y todo el mundo me llamaba Lu-sii-a”, escribe en “Yo soy lo que soy...”, el primero de los artículos del volumen. En ese apartado hay sitio para recuerdos de amigos, elegía y dos piezas sobre su trabajo de escritora: “Bloqueada” y “Diseñar la literatura: *El autor como tipógrafo*”. En este último cuenta la experiencia de componer las placas para imprimir uno de sus libros, pero explica muchas cosas sobre su idea de la literatura. Por ejemplo, sobre la inspiración más o menos biográfica de lo que escribe dice que en la literatura “debe producirse una mínima alteración de la realidad. Una transformación de la realidad, no una distorsión de la verdad. El relato mismo deviene en la verdad, no solo para quien escribe, también para quien lee. En cualquier texto bien escrito lo que nos emociona no es identificarnos con una situación, sino reconocer esa verdad”. También dice que parte del deseo de un escritor por publicar tiene que ver con “liberar la imaginación a nuevos estímulos y direcciones”. “Bloqueada”



www.letraslibres.com

es una explicación de “Sombra”, uno de sus cuentos.

En los diarios, fragmentos de diarios, la escritura de Lucía Berlin es mucho más sintética, casi aforística. Están las notas de una estancia en París (1987), en *colleges*, y en medio, dos viajes a México. También hay notas afiladas: “¿Odio a Sharon Doubiago porque está buena y es guapa o porque no para de parlotear sobre ecofeminismo?”, o “Dios concedió las lagunas a los alcohólicos para que no nos pegáramos un tiro después de pura vergüenza”.

Lucía Berlin siente el paso del tiempo (“Unas vacaciones maravillosas. Todo el mundo me preguntaba: ‘¿Ha cambiado Yelapa?’ ‘¿Ha cambiado Puerto Vallarta?’ He cambiado yo”) y la pérdida de su belleza y capacidad de seducción: “He perdido el atractivo sexual, me he hecho vieja sin remedio. Hace solo unos años, en este breve espacio de tiempo (joder, fueron horas) se habría gestado una complicidad, una cita.” La capacidad de Berlin para construir historias a partir de escenas también está en los diarios: “Había una mujer dormida, con la cabeza apoyada en un cojín en el regazo de su marido, siguió durmiendo durante las turbulencias y el anuncio. El marido no la despertó. Le acarició el pelo mientras descendíamos a través de la niebla y la contaminación a ‘una zona remota del aeropuerto’. ¿Con quién preferirías estar casada? ¿Un marido que te despertara y te dijera lo que pasa o uno que te dejara dormir?”

“Todas mis historias ya han quedado desfasadas, tienen una inocencia y una ausencia de cinismo que, desde esta guerra, nunca volverán a repetirse”, escribe Berlin en su diario de la primavera de 1991. Es esa falta de cinismo lo que hace tan seductores sus cuentos. ~

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*.



**Síguenos
en X**

@Letras_Libres

**LETRAS
LIBRES**

Vanguardia que no es vanguardia

por David Medina Portillo



Cristina Rivera Garza
ME LLAMO CUERPO QUE
NO ESTÁ. POESÍA
COMPLETA
Ciudad de México, Lumen,
2023, 408 pp.

Me llamo cuerpo que no está. Poesía completa reúne cinco títulos escritos en una década, de 2005 a 2015: *Los textos del yo* (FCE, 2005), *La muerte me da por Anne-Marie Bianco* (Bonobos, 2007), *El disco de Newton. Diez ensayos sobre el color* (UNAM/Bonobos, 2011), *Viriditas* (Mantis Editores, 2011) y *La imaginación pública* (Conaculta, 2015). Cinco libros donde hay cambios formales pero ninguno es mejor que el otro. Las variaciones entre ellos se rigen por una misma vocación de *literatura crítica*.

Cristina Rivera Garza (Matamoros, 1964) es una poeta tardía. Su primer libro en este género, *Los textos del yo*, se publicó cuando ella tenía 41 años. Poesía tardía, en efecto, aunque los poemas que componen ese primer libro no son primerizos. Al contrario, nacen con una indiscutible conciencia de sí mismos tanto en términos formales como de contenido. Comparados con sus textos más recientes, no hay desarrollo en el sentido de perfeccionamiento de una destreza. Existen, eso sí, experimentos múltiples con el lenguaje; sus normas, usos y contextos.

En *Los textos del yo* abundan los versos tradicionales en el sentido más poético del término, característica menos visible en *La imaginación pública*. Aquí la potencia expresiva corre a cargo no tanto del texto como de lo que está fuera, en el discurso alrededor de él. Literatura

posautónoma, los poemas crean sentido no por sí mismos (qué es eso) sino por su contexto. A Rivera Garza tanto como a sus comentaristas les gusta definirse a partir no solo de la renuncia sino de la denuncia de la tradicional autonomía de la literatura y el arte. Gracias a esa denuncia se comprometen con el presente. En sus propias palabras, “crean” presente. Qué importa entonces si *La imaginación pública* actualiza el *sketch* de un dadaísmo ancestral, aquel nihilismo histriónico de Tzara cuya receta —de código abierto para que cualquiera mecanice la “magia” de la poesía— quedó expuesta en *Pour faire un poème dadaïste* (1916). Desde luego, ese primer gesto antisistema pecaba de irresponsable en la medida en que su desafiante majadería se consumía (anulaba) a sí misma. De ahí lo rescatarían autores como Louis Aragon, quien le dio sentido al disparate mediante la habilitación de *l’art engagé*, un servicio o una servidumbre obligada por el contexto. Aragon creaba presente.

Vanguardia que no es vanguardia, sus desviaciones y “desapropiaciones” no son solo naturales sino indispensables en quien se autoconciencia experimental, alguien para quien la experimentación no es sinónimo de evolución, es decir, de cambio en la espiral ascendente del progreso (hoy fea palabra) sino del *Zeitgeist* de la resistencia. Y no es porque el *emoji* supere al haikú del mismo modo que el gremio de la “teoría crítica” a una izquierda tradicional marxista —aún eurocéntrica y colonialista—, pero la experimentación puede ser, por qué no, el equivalente cultural de la acción y en esa medida una forma de emancipación. ¿Quién se opone a eso?

¿Cómo oponerse a su legitimidad si esta literatura que no es literatura se plantea desde la exclusión? Por supuesto, la exclusión entendida en su condición más amplia posible: se niega estatus de literario a

todo aquello que, en realidad, ha sido excluido de la sociedad y de la Historia. Por supuesto, aquí el símil es más que un tropo, una figura literaria: es una realidad. De modo que los negados de todo orden escriben sobre cosas también excluidas. Sin embargo, cuando esa literatura excluida toma conciencia de sí misma rechaza a quien la niega como un simple acto de sobrevivencia. Crea su propio presente y sirve a ese presente: está al servicio de ese presente y no de la “literatura”. Literatura que no es literatura sino presente vivo y doloroso.

La fórmula es meramente instrumental y de autoconsumo porque para los profanos suena a cualquier cosa menos literatura “creadora de presente”. En efecto, a las pocas páginas de lectura cualquiera advierte que ese discurso ya lo leímos. No hay nada presente más que su propia reproducción, que se reinicia según las coyunturas de la denuncia pero que, aparte de eso, se mantiene idéntico a sí mismo.

A diferencia de las vanguardias históricas, esta ola posautónoma no viene de los márgenes ni de abajo, curiosamente. Se procesa y distribuye desde instituciones de élite particularmente universitarias y culturales en general. Todas forman parte de una guerra cultural. Para ellas no hay contradicción entre denunciar la violencia estructural, sistémica, y formar parte de las instituciones de élite que componen esa estructura.

Cyril Connolly decía sobre su *alter ego*, Palinuro: “Le gustaría haber escrito *Les Fleurs du mal* o la *Saison en Enfer* sin ser Rimbaud ni Baudelaire, sin su sufrimiento intelectual y sin estar enfermo ni ser pobre.” Contexto de esas obras: el vicio y el placer, las drogas y el alcohol, la prostitución propia y ajena, el hambre y la mendicidad, las cantinas, los prostíbulos, los parques, las calles y los bajo puentes, los hospitales públicos, los dispensarios y refugios para indigentes, aventureros y demás *homeless*. Baudelaire

murió afásico y sifilítico. Rimbaud en un hospital para pobres, mutilado de ambas piernas. De esta primera modernidad las vanguardias históricas tomarían el espíritu de revuelta para volverlo contra sí mismas aunque, a la postre, se trataba de una oficialización de la insurgencia desde los márgenes.

En los poemas de *Me llamo cuerpo que no está* el dolor es una presencia ineludible que recorre de la primera a la última de sus páginas. Literal y concreto en *Los textos del yo*, dedicados a la enfermedad de la madre o en las alusiones a su hermana, víctima de feminicidio en 1990. Conceptual y paulatinamente retórico en los poemas apócrifos de Anne-Marie Bianco, *El disco de Newton*, *Viriditas* o *La imaginación pública*. El cuerpo es la representación directa de ese dolor. *Me llamo cuerpo que no está* remite a una realidad brutal en nuestro país, la de los desaparecidos. Cuerpos asesinados, torturados y mutilados en cifras que al término de este sexenio rondarán los 200.000. Una realidad que Cristina Rivera Garza no solo conoce sino que ha vivido trágicamente. Por lo mismo es desconcertante el desplazamiento de esta realidad atroz a la afectación retórica en la que suelen extraviarse este tipo de abstracciones: ¿la fragmentación sintáctica es el equivalente textual de un cuerpo mutilado? El discurso pierde su verdadero significado transformándose en simulacro de sí mismo.

Esta afectación retórica es característica de una expresión que ha cobrado una relevancia hasta erigirse en la corriente principal de la literatura y la cultura en el nuevo siglo. Una afectación que solo vuelve más evidente sus despropósitos. Denuncian una realidad y acaban en una burbuja. Así, los que creyeron que la web abriría al fin dimensiones inéditas de la libertad propicias para la experimentación del arte, la literatura y la poesía y, al cabo, volvieron al soporte

tradicional de la edición impresa. Montados sobre el frenesí post, trans, ur, neo, inter, multi, hiper, etc., todo parece nuevo, una ruptura final con lo ya visto aunque ahora advertimos que lo único nuevo es que todo envejece más rápido: nada más caduco que cualquier prefijo radical aparecido en las primeras dos décadas del siglo. Por ejemplo, la pospoesía envejeció mal y súbitamente: al final su insurrección ha acompañado la regresión generalizada. Las *literaturas críticas* junto con sus soportes ideológicos, las teorías críticas, crean presente pero ese presente suele resultar demasiado visto, neosententero. Tras el anuncio del poscapitalismo, el neopopulismo lo engulló todo. Más aún: toda esa subversión alcanzó su nivel máximo cuando se convirtió en materia de currículo, vanguardias de laboratorio o de salón. La rebelión de los sesenta y setenta vuelve a su nicho original. Poesía de campus. ~

DAVID MEDINA PORTILLO es poeta, crítico literario y editor de *Literal*. *Latin American Voices*.

PERIODISMO

A vueltas con Chaves Nogales

por Jordi Canal



Francisco Cánovas Sánchez
MANUEL CHAVES NOGALES. BARBARIE Y CIVILIZACIÓN EN EL SIGLO XX
Madrid, Alianza Editorial, 2023, 414 pp.



Yolanda Morató
MANUEL CHAVES NOGALES: LOS AÑOS PERDIDOS (LONDRES, 1940-1944)
Valencina de la Concepción (Sevilla), Renacimiento, 2023, 282 pp.

Para algunos españoles el doble exilio no constituyó, en las décadas

de 1930 y 1940, una experiencia en nada excepcional —menos todavía para otros muchos europeos, como los alemanes o austriacos—. Fueron obligados a abandonar España en 1936 o en 1939 rumbo a Francia, perseguidos por ser considerados revolucionarios o contrarrevolucionarios, y, en no pocos casos, por ambas cosas y por ambos bandos. La Segunda Guerra Mundial y la caída de Francia, en 1940, a manos de las tropas de Adolf Hitler forzaron su salida del país vecino. No todos lo consiguieron. América del norte, central y del sur, la Unión Soviética o Gran Bretaña se presentaron como nuevos destinos. El gran periodista y escritor Manuel Chaves Nogales (1897-1944), nacido en Sevilla, dejó tierras españolas a finales de 1936 y se instaló en Francia, huyendo tanto de “la barbarie de los moros, los bandidos del Tercio y los asesinos de Falange” como de “la de los analfabetos anarquistas o comunistas”, como explicitaba en *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España* (1937). No era fácil ser liberal y relativamente centrado en tiempos de extremos. Chaves Nogales se vio también en la perentoriedad de dejar atrás a su familia y su vivienda de Montrouge, al lado de París, en junio de 1940. Entre este mes fatídico y su fallecimiento en mayo de 1944 vivió en Londres.

El periodo pasado por Manuel Chaves Nogales en las islas británicas es, sin lugar a dudas, el menos conocido de su intensa, aunque corta, vida. La filóloga y profesora de la Universidad de Sevilla Yolanda Morató intenta remediar con éxito esta carencia en *Manuel Chaves Nogales: los años perdidos (Londres, 1940-1944)*, que ha visto la luz en este año de 2023. Se insiste, desde la primera página de la obra, en lo poco y lo mal conocido de la etapa 1940-1944 en la biografía del que fuera director, durante la Segunda República española, del

diario *Ahora*. Para el lector queda meridianamente claro, aunque la reiteración de la autora en este punto no se me antoja totalmente pertinente. Cierto es que las aportaciones de su libro modifican de manera muy sensible las páginas dedicadas por María Isabel Cintas Guillén al lustro terminal de la existencia de Chaves Nogales en la única y destacada biografía completa del periodista y escritor: *Chaves Nogales. El oficio de contar* (2011) —que yo mismo reseñé en esta revista en 2012, en el número 132—, reeditada y ampliada, una década después, en *Manuel Chaves Nogales. Andar y contar*. Las referencias constantes, sin embargo, a los errores y olvidos y al no correcto trabajo de la biógrafa resultan algo excesivas. La investigación es siempre acumulativa y revisionista, en el buen y principal sentido de dicho término. Comoquiera que sea, una vez señalada esta cuestión de forma o estilo, solamente se puede agregar que el libro de Yolanda Morató es una obra no solamente excelente, sino novedosa y apasionante.

Resulta novedosa, en especial, por los muchos datos y detalles presentados —el trabajo de investigación es amplio y notorio—, así como por aportar medio millar de artículos escritos y publicados por Chaves Nogales entre 1940 y 1944 y no recopilados hasta ahora. Al lado de algunos en inglés y español, destacan los aparecidos en portugués en la prensa brasileña, desde el *Diario de Pernambuco*, de Recife, hasta el *Diario Carioca*, sin olvidar, entre otros, el *Jornal do Commercio* (Río de Janeiro), el *Diário da noite* (São Paulo) o el *Correio da Manhã* (Río de Janeiro). A través de la agencia Reuters, sus textos llegaban a los integrantes del importante grupo mediático Diários Associados, del magnate Francisco de Assis Chateaubriand Bandeira de Melo. En la lista que nos ofrece Morató destacan los 205 artículos aparecidos en el año 1942. El último

texto localizado es de marzo de 1944: “O pensamento da França”, que vio la luz el 8 en el *Diario de Pernambuco*. En la etapa londinense, el autor de *Juan Belmonte, matador de toros* se había convertido en un infatigable periodista de mesa —ya no de pata, como antes, para decirlo a la manera barojiana—, un “agente en la sombra del cuarto poder”, sostiene Morató, que escribía desde el punto de vista de los intereses británicos en la guerra que se estaba librando. Las piezas sobre España dejaron paso, cada vez de forma más clara con el avance del conflicto, a otras de temática mundial. La autora reproduce también la última entrevista a Chaves Nogales, concedida antes de fallecer y editada póstumamente, a principios de julio de 1944, en *O Jornal* y en *Diario de Pernambuco*. Se la hizo el periodista brasileño Murilo Marroquim de Souza, enviado especial en Londres del grupo Diários Associados y buen colega del entrevistado.

Yolanda Morató reescribe, asimismo, la vida de Manuel Chaves Nogales entre 1939 y 1944. En Francia trabajó para Havas, una agencia de noticias gubernamental, y para Cooperation, perteneciente a Emery Reves —Révész, de origen húngaro, antes de su nacionalización británica en febrero de 1940—. Estar al servicio de los ministerios de Información francés y británico, junto con la línea directa del propietario de Cooperation con el primer ministro Winston Churchill, permitieron una salida a tiempo de Francia tras la invasión nazi. Chaves Nogales dejó atrás París en el automóvil de Reves y, ya en Burdeos, acabó embarcando, junto con otro cuarto de millar de personas en el mercante *S. S. Nariva*, que atracó el 21 de junio en Milford Haven, en Gales. Con él y Reves estaban, entre otros, Émile Buré, Geneviève Tabouis o André Géraud (*Pertinax*), periodistas todos de la llamada “gente de la embajada”. De allí viajaron en

tren a Londres. En la capital inglesa, Chaves Nogales fue instalado en un pequeño apartamento de Woburn Place y continuó trabajando para Havas, cuya correspondencia británica se transformó en AFI (Agence Française Indépendante), mientras que en Francia fue nacionalizada y convertida por las nuevas autoridades en OFI (Office Français d’Information). El control de la información resultaba esencial en un mundo en guerra. Los dirigentes británicos lo entendieron a la perfección. Los numerosos artículos que redactaba Chaves Nogales para la prensa en español y portugués veían la luz con la indicación de su pertenencia a “AFI, para Reuters”. Bajo el paraguas del BOIS (British Overseas Information Services), en el que, además del Ministerio de Información, participaban la BBC, el British Council y la agencia Reuters, desarrolló sus tareas AFI. Sus empleados laboraban en el mismo edificio de Reuters. De esta última dependía asimismo la Atlantic Pacific Press Agency, que nunca fue, a diferencia de lo sostenido habitualmente, la agencia de Chaves Nogales. Destacar la fortaleza de los aliados, en especial de los británicos, y debilitar al enemigo alemán a los ojos de la opinión pública latinoamericana se convirtieron en los principales objetivos de su trabajo. Todo lo indicado hasta aquí permite construir una imagen sensiblemente distinta de la que teníamos hasta ahora de los años ingleses de Manuel Chaves Nogales.

En 2023 se ha publicado también *Manuel Chaves Nogales. Barbarie y civilización en el siglo XX*, de Francisco Cánovas Sánchez. Este historiador, autor de interesantes trabajos sobre la era isabelina, Benito Pérez Galdós o Santiago Ramón y Cajal, se ocupa, en esta ocasión, del original periodista sevillano. Se trata de una obra sensiblemente distinta, tanto en el contenido como en la forma, de la que he comentado más

arriba. No es un libro de investigación, ni tampoco, en puridad, una biografía de Chaves Nogales. Un primer y largo capítulo está dedicado a la semblanza del personaje, desde sus orígenes sevillanos hasta su muerte en Londres, mientras que en los siete siguientes se propone, en forma más o menos ensayística, un acercamiento a la visión de Chaves Nogales de los grandes acontecimientos del siglo xx por él vividos y analizados en sus artículos, relatos y reportajes. El autor expresa abiertamente la voluntad de mostrar la relación dinámica que existe entre vida, obra y época. Considera a Chaves Nogales como uno de los escritores españoles más destacados del siglo xx y uno de los mejores periodistas de su tiempo. Su excelencia derivaba, apunta, de una gran personalidad: “una recia voluntad, una notable capacidad de trabajo y una actitud emprendedora incansable, todo ello acompañado de una sólida cultura, un compromiso con la verdad y una fe insobornable en los ideales democráticos”. Los textos del escritor y periodista sevillano, en los que afloraba una perspectiva humanista, democrática y republicana, destacaban por una escritura cuidada, el ritmo narrativo y la capacidad comunicativa. Insiste Cánovas en la plena vigencia, en los momentos actuales, de los “testimonios lúcidos, valientes y comprometidos” de Chaves Nogales; trascienden su tiempo, como apunta en la conclusión de la obra, y “constituyen un referente para construir hoy una sociedad más habitable, tolerante y solidaria”. No es poca cosa.

A la Revolución rusa, sus antecedentes y consecuencias dedicó Chaves Nogales tres libros, que recogían textos anteriormente publicados en la prensa: *La vuelta al mundo en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (1929), que recopilaba las crónicas publicadas el año anterior en el *Heraldo de Madrid*; *Lo*

que ha quedado del imperio de los zares (1931), un conjunto de reportajes y entrevistas a emigrados rusos —entre ellos, Kérenski—, y, por último, el inclasificable y apasionante *El maestro Juan Martínez que estaba allí* (1934). Sus comentarios sobre la Unión Soviética eran matizados, quizá demasiado visto lo visto después —él no podía saberlo entonces—, pero muy lúcidos: “En los diez años que han transcurrido después de la revolución, no se ha pensado en el mejoramiento del obrero, sino en el mejoramiento de la producción.” Resaltaba el peso del nacionalismo y el militarismo, la excelente organización policial y los peligros de la llamada dictadura del proletariado (“¿El amor hacia el pueblo debe llevar hasta el extremo de sacrificarlo?”). Chaves Nogales escribió diez crónicas sobre la Alemania de Hitler en 1933, como enviado especial del diario *Ahora*. Entrevistó a Goebbels, un tipo grotesco de la “estirpe de los sectarios”, predijo una guerra a pocos años vista, incidió en la situación de los judíos —al que residía en Alemania, “la vida se le hace materialmente imposible”— e insistió singularmente en el uso de las nuevas tecnologías de la comunicación a fin de manipular a la población. Trató, lógicamente, desde el diario *Ahora* los acontecimientos, problemas y desafíos de la Segunda República española, desde la cuestión agraria en Andalucía o los hechos de Casas Viejas hasta la revolución asturiana y la rebelión de Companys en 1934. Destacaron sus originales entrevistas a líderes políticos como Azaña, Alcalá-Zamora, Macià o Largo Caballero. Sobre la guerra civil de 1936-1939, esa “guerra estúpida”, compuso un libro magnífico: *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España* (1937). Y, asimismo, al año siguiente, el reportaje novelado *Los secretos de la defensa de Madrid*. Apunta Cánovas, con acierto, que subestimó al general Franco.

A los cuatro temas anteriores, se agregan otros tres. En primer lugar, la caída de Francia en 1940, que dio lugar al libro *La agonía de Francia*, publicado en 1941 en Montevideo. En la década de los treinta se vivió en el país vecino, sostenía Chaves Nogales, “una guerra civil en la que los ciudadanos no se asesinaban unos a otros, pero poco a poco iban asesinando entre todos al país”. La lucha consigo misma, la renuncia a los ideales democráticos y el enamoramiento de su verdugo llevaron a Francia “a una de las tragedias más hondas de la historia”. A la batalla de Inglaterra, en segundo lugar, dedicó numerosos artículos. Era el país que le había acogido en 1940 y, como vimos más arriba, en el que moró hasta su fallecimiento en 1944. El último de los temas corresponde al exilio republicano español. En mi opinión, Chaves Nogales no acaba de encajar, sin embargo, en esta categoría. Sea como fuere, en el tratamiento de cada uno de los siete puntos anteriores repite el autor un esquema parecido, fundamentado en la necesidad de la contextualización y combinando la exposición histórica y el estudio de la visión del periodista y escritor. Merece señalarse, asimismo, la cuidada edición de esta interesante obra, en la que encontramos numerosas reproducciones de páginas de prensa y cubiertas y preciosas fotografías de Chaves Nogales, cedidas por María Isabel Cintas Guillén. De la Revolución rusa a la Segunda Guerra Mundial, emerge en los escritos de Manuel Chaves Nogales una mirada original y documentada de unas décadas marcadas, en fin de cuentas, por las colisiones de la barbarie y la civilización. ~

JORDI CANAL es historiador y profesor en la EHESS (París). Su último libro publicado es *Dios, Patria, Rey: carlismo y guerras civiles en España* (Madrid, Sílex ediciones, 2023).